

# Intérprete de los juicios de Nuremberg Siegfried Ramler: “Las cosas que vimos fueron perturbadoras”

Siete años después de que huyeran los Nazis en el *kindertransport*\*, Siegfried Ramler se dirigió a Nuremberg, donde se convirtió en intérprete en los juicios de los mayores crímenes de guerra en Alemania.

\* Transporte de niños para ponerlos a salvo de las políticas antijudías del nazismo.

**Miércoles 22 de octubre de 2014**

**Por Philippe Sands**

*The Guardian*

Siegfried Ramler viajó de Honolulu a Londres el mes pasado, poco antes de su cumpleaños número 90, para dar una plática acerca de la dignidad humana y los juicios de Nuremberg en los que trabajó como intérprete. Por coincidencia, llegó cuando el partido Conservador anunciaba una petulante y desconsiderada amenaza de retirarse de la Comisión Europea de Derechos Humanos y alinearse con las ideas de Vladimir Putin. La convención se adoptó poco después de que Ramler terminara con su encargo en Nuremberg, haciendo una reflexión sobre “la coronación de los derechos humanos” a los que hizo alusión Winston Churchill en octubre de 1942.

Sig, como le gusta que le llamen, tiene un irónico sentido del humor y un suave acento alemán. Una concurrida audiencia en el Club del Ejército y la Marina en Pall Mall escuchó de manera cautiva la descripción que hizo sobre su experiencia de haber compartido una pequeña sala de interrogación con los homólogos de Hermann Göring y Hans Frank, hombres cuyos actos causaron que países europeos acogieran la revolucionaria idea de los derechos humanos del individuo. Organizado por la Asociación Internacional de Intérpretes de Conferencia (AIIC), este evento celebró el nacimiento de la interpretación simultánea en los juicios de Nuremberg, una novedad que le ahorró años a los procedimientos al imponer la carga sobre los intérpretes de capturar de manera precisa el horror antes de que el locutor completara la frase.

El camino de Sig hacia Nuremberg no fue directo. En marzo de 1938, siendo un niño austriaco judío de 14 años de edad, observó a las tropas Wehrmacht entrar a Viena, viendo a través de cortinas cerradas la entrada de cruces esvásticas y el júbilo de una multitud de alegres austriacos.

La familia pronto fue desalojada de su casa y poco después de la Noche de los Cristales Rotos, Sig viajó a Londres en el *kindertransport* para vivir con su tío cerca de Hampstead Heath al norte de Londres, un periodo que él recuerda con mucho cariño. Hacia finales de la guerra, en 1945, Sig se registró en la fuerza aérea de Estados Unidos para trabajar como lingüista en Alemania. Aprendió del juicio de los líderes Nazis, se ausentó sin permiso y se fue de aventón al palacio de justicia de Nuremberg.

Sin capacitación alguna, interpretó las interrogaciones previas al juicio del hombre que gobernó grandes áreas de la Polonia invadida, el “Carnicero de Varsovia”.

Frank era el jefe de gobierno de la Polonia invadida así como el abogado personal de Adolfo Hitler; un hombre acusado (y después sentenciado) del asesinato de tres millones de judíos y polacos. Sig lo recuerda como un hombre “interesante e impresionante, rebasado por el fanatismo”. Actuaba “con la mente clara”, dice, “sabía que había hecho mal”.

¿Qué se sentía estar en la misma sala que Frank, dado que él había vivido la Noche de los Cristales Rotos? Ese no era el problema, menciona Sig. “Yo estaba preocupado de hacer un buen trabajo con vocabulario que no me era familiar”, en busca de la precisión. “Estábamos ahí para interpretar, no para juzgar. ¿Intervenían sentimientos negativos subconscientes? La pregunta importante no era sobre sentimientos sino una pregunta sobre lingüística, ¿cómo enfrente el reto de las palabras?”

Durante la sesión de preguntas y respuestas al final de su plática, alguien le pregunta si los intérpretes sufrieron algún trauma por lo que escucharon. “Las cosas que vimos fueron perturbadoras”, dice Sig, “pero no se podían traducir en sentimientos porque no estábamos en la posición de sentir de una forma u otra. Yo tenía 22 años, sólo me concentraba en el trabajo”.

Después de las interrogaciones previas al juicio inició el juicio principal. Sig estuvo ahí desde el día uno, el 20 de noviembre de 1945, hasta el final, cuando las frases eran legadas. Diez veces escuchó al juez Sir Geoffrey Lawrence de la corte de apelación inglesa decir las palabras “Muerte en la horca” –*tode durch den strang*- un problema directamente para los intérpretes. Esa última sesión no se filmó para preservar la dignidad de los acusados. Recuerda varios de los grandes momentos que ocurrieron ese año: el “inolvidable” discurso de apertura de Robert Jackson (cuatro naciones que eligieron “contener sus ánimos de venganza y de manera voluntaria someter a sus enemigos cautivos al juicio de la ley”); el casi desastroso interrogatorio de Jackson hacia Hermann Goering, reparado por el “brillante” David Maxwell-Fyfe; la cinta de Bergen Bilsen de “las cámaras de gas y las innumbrables crueldades”; la aceptación de un poco de responsabilidad de Hans Frank y Albert Speer (“declararon la culpa colectiva del pueblo alemán pero no aceptaron culpa alguna de manera individual”). También recuerda los momentos de frivolidad: los festejos en el Gran Hotel, la manera excesiva en la que bebían los oficiales rusos, las bufonerías de Herman Goering. Las preguntas lo transportan a sus propias emociones. Sí, dice, hubo momentos en los que algunos de nosotros enfrentamos dificultades. Una de sus colegas era Virginia von Schon, bibliotecaria y muy talentosa intérprete, también “hermosa, decorosa y propia”. “Ella estaba en un micrófono de inglés”, Sig le dice a una audiencia en ascuas, “cuando se pronunció una palabra que no pudo interpretar porque se trataba de algo muy vulgar”. Sin querer pronunciarla en un juicio público “interpretó todo hasta llegar a esa palabra, luego se detuvo, simplemente no podía hacerlo”. Sig hace una pausa. “Tomé el micrófono y dije la palabra, de hecho dije una más fuerte”. Hace nuevamente una pausa. “¿Con esto último, deberíamos diferir la audiencia!”

El legado y las lecciones de ese trascendental año fueron “extremadamente importantes”, a nivel personal y mundial, menciona Sig. A través de las décadas persiste la pregunta: “¿cómo era posible que estas cosas ocurrieran en un país que había producido músicos como Goethe, Schiller? ¿Cómo era posible que una cultura como esta se hubiera hundido en el abismo en el que habían caído bajo el yugo de los Nazis?”. Sig aún se auto cuestiona lo anterior. ¿La respuesta? “Me atrevo a responder que cuando uno vive en una sociedad en la que no se vigila la conducta, no se acepta ninguna regla o ley, no se respetan las normas de un procedimiento, entonces estas cosas pueden pasar en

cualquier país”. Hace una pausa, mira hacia arriba y alrededor de la sala. “No es solo un problema de los alemanes, es un problema de la humanidad”.

Muestra especial interés en la cooperación internacional (aún trabaja en el East-West Centre en Hawaii, una organización fundada en 1960 para fortalecer las relaciones entre naciones) y los derechos humanos y la justicia penal internacional. Los juicios de Nuremberg generaron la Declaración Universal de los Derechos Humanos, dos años más tarde, la Convención Europea. Esto, dice, son motivos de orgullo y preocupación a la vez “sólo porque no todo haya salido perfecto no significa que todo haya estado mal”. Desde su punto de vista, Nuremberg “creó el camino para regular el derecho internacional, los medios para lidiar con la culpa y aceptar la responsabilidad”, una manera de distinguir entre el bien y el mal.

Pareciera que algunos conservadores (el secretario de justicia entre ellos) desean deshacerse de la corte europea. A Chris Grayling le vendría bien pasar una tarde con Siegfried Ramler, quien le recordaría las razones por las que existe la Convención Europea y su corte, un sistema de seguridad colectiva. Sig sabe algo de historia y lo que pasa cuando los pesos y contrapesos se dejan de lado.